

Música

Agua, piedra y Cervantes

EDUARDO SOTO MILLÁN

Sigue siendo un tanto increíble que todavía al día de hoy, con cierta frecuencia, llega a pensarse que patrimonio cultural (de la nación) implica exclusivamente monumentos y obras plásticas; al menos, no es costumbre hablar en dichos términos acerca de otras manifestaciones del arte.

Quizá se deba a lo tangible de los materiales, por el resultado concreto, visible y "tocable" de la obra, por ejemplo, plástica, como producto final, olvidando que no obstante lo efímero y precisamente intangible de otros campos del arte, éstos son también territorios en donde se crean productos acabados, y como tales son, así mismo, parte auténtica de nuestro patrimonio cultural.

De pronto ideas y conceptos en torno de si la cultura es —o debe— ser elitista, o bien, pertenecer indisolublemente al pueblo, a la sociedad entera, pareciera un asunto añejo no resuelto, latente de manera tácita. En todo caso, hay acciones —actividades— culturales más cercanas y propias a unos sectores y comunidades que a otros, y por razones diversas nos damos cuenta, entonces, de que la cultura es en realidad muchas culturas entre la popular (*grosso modo*) y "la otra", cada una con sus propias raíces, evolución e historia, ninguna mejor que las demás, simplemente distintas.

La música de concierto de México, a lo largo de su historia, ha arrojado una increíble e incontable cantidad de obras y, como sabemos, lo único que las hace palpables (aunque como un mero referente) son las partituras —exceptuando casi el total de las obras electroacústicas—, que no son sino el medio en el que el compositor plasma el resultado de su imaginación creativa para que posteriormente el músico la convierta en realidad, una reali-

dad sonora —temporal— que acaba en la última nota de la partitura interpretada por el músico.

Es como agua y piedra, en donde la piedra es el material sólido al que el compositor da forma; el agua, por lo tanto, es el fluir, el compartir fraternalmente su arte.

Ana Cervantes, pianista de descendencia estadounidense, concibe así el arte musical y lo comparte: "Agua: lo móvil, lo fluido, lo que nunca se arraiga ni se detiene; fantasía, nocturno, improvisación. Piedra: lo afinado, lo sólido, lo estructurado; forma, arquitectura, equilibrio... Sonata, fuga, toccata."

Cervantes ha puesto en circulación su muy acariciado proyecto; se trata del disco compacto *Agua y piedra. Música reciente de México* (2004, Conaculta-Fonca, Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato, Prodisc, Clásicos Mexicanos, núm. de serie SDL 00147), en el que no sólo pone a disposición del escucha su talento, la precisión de su ejecución, el rigor y fortaleza interpretativas, así como pasión en el flujo de cada momento musical. Hace evidente, además, con contundencia y pasión, su gesto, su amor, su proceso y estadio casi simbiótico con el cuerpo sonoro, con el alma musical, con el contenido emocional de cada una de las obras.

La pianista hace arte musical, sí; pero la de sus dedos no es exclusivamente la habilidad obtenida de sus estudios en Bard College y con Theodore Lettvin y Joan Tower. Es el talento nato llevado a feliz encuentro con el trabajo de nuestros compositores. Para ella, la música es la llave

que posibilita abrir muchas puertas, y puede también "...fungir como un potente interlocutor entre países y personas".

Tal como lo indica el título de su producción, el disco contiene algunas de las más recientes obras mexicanas para piano, mismas que la artista a llevado a otros países en calidad de estrenos locales.

De tal suerte, *Agua y piedra. Música reciente de México* constituye un pequeño pero importante paisaje de la pianística mexicana actual, con sus diversas tendencias, estilos, lenguajes y edificaciones musicales de creadores quienes, algunos de ellos, representan hoy una voz insoslayable dentro del arte mexicano del sonido y el silencio.

Así, con el *Estudio no. 1* de Lilia Vázquez (1955) (*); las *Cuatro piezas en seis sonidos* de la joven Georgina Derbez (1968); Ramón Montes de Oca (1953) y sus *Dos estampas*; el también joven Horacio Uribe (1970) con su *Preludio y toccata* (compuesta originalmente para clavecín); Federico Ibarra (1946) con su *Sonata no. 3, Madre Juana, Como el agua en el agua* de Marcela Rodríguez (1951), y los *Días de mar y río* de Arturo Márquez (1950) (*), la reciente producción discográfica de Ana Cervantes no es sino testimonio de nuestra riqueza musical. ●

(*)Erróneamente, en el disco se indica 1951 como la fecha correspondiente en ambos casos.

México: Proceso #1444, Domingo 4 de julio 2004

México: Proceso #1444, Sunday 4 July 2004

Mexique: Proceso #1444, dimanche 4 de juillet 2004